

DON CLEMENTE *

FÉLIX DEL VALLE Y DIAZ
Numerario

El cansancio de su cuerpo le iba pesando cada vez más, en tanto que su alma, más grande cada día, iba haciéndose más liviana.

En sus últimos años, arrastraba sus pies torpemente brufiendo con sus ancho zapatonos los guijarros de la vieja Toledo, mientras su gigante alma, en levitantes acrobacias, le sujetaba con hilos invisibles. ¡Cosas que tienen los poetas!

Recuerdo haberle visto salir del restaurante del palacio de Fuensalida donde comía en sus ya cortas estancias en Toledo, y doblar por la Travesía del Conde; allí, al iniciarse la cuesta, sus pies se le negaban. Y él, su alma de poeta abrazaba la mudéjar mampostería apoyando sus manos mientras disimulaba la parada. Y el alma se le escapaba por los dedos poniéndose en comunicación con la islámica mezquita que subyace bajo el templo cristiano. Después, dibujando una leve sonrisa, proseguía su deambular con los pies pegados al asfalto, revoloteando su espíritu, y su mente repleta de escenas en las que mezclaría al conde de Orgaz, a los nobles caballeros toledanos, a los santos Esteban y Agustín y a las grandezas de Toledo.

Y en esa breve tregua a su fatiga, soñaba:

Lleguemos al dolor y a las tristezas
de esos ojos en llamas. Apretados
los nobles caballeros toledanos
equilibran en formas sus cabezas.

de la eterna y abierta sepultura
que espera los abrazos todavía
de ese rostro sin lágrimas ni miedo

Mortaja con atuendos de proezas.
Esteban y Agustín arrodillados,
con ropas de los días colorados,
le tienden en el aire. En las grandezas

dormido entre dos santos. Su ternura
se ha hecho siglos de tiempo y de agonía
que miden las grandezas de Toledo.

Y seguía cuesta arriba tirando de su cuerpo pausadamente, consciente del peso de su pobre materia y sabiendo de la ligereza de su

* Leído en su homenaje en Castillo de Bayuela.

parte inmortal, mientras caminaba esperanzado hacia el día de su liberación. Pues él sabía muy bien quién era él y qué de sí mismo aquí se quedaría en espera de su reencuentro definitivo. Se lo había oído a su amigo Dámaso Alonso:

¡Oh gozo! ¡Oh maravilla!
¡Qué portentosa el alma sin el cuerpo!
Flotar, flotando el alma (sin flotante materia)
mientras el cuerpo muerto se deshace
en sucia podredumbre.

Y en este recuerdo que el día de hoy le dedicamos sus amigos, yo le digo:

Has lanzado tu pluma al infinito.
¿En qué ala de qué ángel se ha incrustado?
¿En qué nube podrás dejar escrito
el final de tu verso? Te has marchado

con tu inconcluso verbo, ya inaudito,
pero lleno de vida y arropado
por tu eco en el aire, como un grito
que a las estrellas sube esperanzado.

Dime, Clemente, ¿dónde se han quedado
tu fácil prosa y tu fluido verso?
¿Dónde tu musa y tu infusión de bardo?

Deja que te recuerde que tu aliento,
con tu musa y tu cuerpo demudado,
volverán a fundirse con el viento.